

ú orando ante sus imágenes.” Quería que los principiantes meditasen de continuo en las verdades eternas, que aterrorizan é inspiran horror al pecado; porque, decía, que ante todo debían purificar su alma. Para dar á sus discípulos una alta idea de la oracion, acostumbraba decirles, que el hombre que no conoce este santo egercicio, es un animal sin razon; y estaba tan persuadido de esta verdad, que una vez que el médico le prohibió este santo egercicio, á causa de su enfermedad, dijo á Gallonio: “¡Ah querido Antonio! héme aquí con toda verdad hecho una bés-tia.” Afirmaba que no hay en el mundo cosa que mas disguste al demonio, que la oracion, y que esta es la causa porque no omite diligencia alguna, á fin de estorbarla; y por lo tanto quería precisamente que ninguno de sus padres la dejase; por lo que agradao Dios nuestro Señor, le concedió la gracia de que supiese diariamente por revelacion, si algunos faltaban á ella, y de la manera que cada cual se aprovechaba de este santo egercicio.



CAPITULO XV.

Caridad de Felipe para con el prógimo.

EL tierno amor que nuestro santo tenía á Dios, no podía dejar tambien de estenderse en favor de sus hermanos. De aquí aquel celo por la salvacion de las almas, que lo consumia; y aquel carácter lleno de dulzura, á que no era posible resistir. Ninguno supo mejor que él tratar con los hombres, y poner en juego medios mas eficaces para insinuarse en sus corazones. Echaba mano de unos para los jóvenes, y de otros para los ancianos. De un modo trataba á los ricos y de otro á los pobres. Sabia aprovecharse admirablemente de la variedad de génios y caracteres, y hablaba á cada uno de la manera que mas le convenia; de suerte, que podía decir con el Apóstol: “Me hago todo para todos, para ganarlos á todos para Jesucristo.”

De aquí es que todo aquel que una vez entraba en relaciones con él, no podia dejar de volverlo á ver, ni resistir á la fuerza de su ascendiente; y de aquí es tambien que adquirió tantos discípulos y convirtió tantos pecadores. Hablemos de estos últimos, cuya conquista es mas difícil y supone mas heroica caridad.

Despues de haber confesado á un hombre que no dejaba pasar dia alguno sin cometer varios pecados mortales, le impuso por penitencia que volviese á sus piés, luego la primera vez que tuviera la desgracia de recaer. Volvió en efecto, y recibió la misma penitencia, lo que estuvo acaeciéndose por el espacio de muchos meses, con gran provecho suyo, pues las caidas iban siendo mas raras, y al fin, llegó á ser un ángel de virtud, segun opinion de su santo confesor.

Un jóven de costumbres sumamente disolutas, debió tambien su curacion, á un remedio bastante sencillo. Despues de haberle confesado y absuelto, segun acostumbraba, le ordenó que por penitencia rezase siete veces por dia la *Salve*, y besase la tierra diciendo: “No es difícil que mañana sea el último dia de mi vida.” No tardó en volver hecho ya otro hombre; vivió en lo de adelante en la práctica de todas las virtudes, y murió santamente catorce años despues.

Domingo Saraceni, de quien hablaremos adelante, tenia un condiscípulo que continuamente hablaba de la santidad del siervo de Dios. Esto

le hizo desear conocerle, y para satisfacer este deseo, se fué á confesar con el santo. Usábase en el pais de su nacimiento, que los penitentes obsequiasen á sus confesores con alguna limosna. Estaba recién llegado á Roma, para estudiar en ella filosofia, y creia que se practicaba en esta ciudad lo mismo que en su patria; pero al irse á confesar, olvidó llevar consigo alguna cosa. Dijo al padre, despues de confesarse: “Yo os suplico me dispenseis el que ahora no os traiga nada, pues he dejado mi dinero en casa; pero en la primera ocasion que vuelva á veros, procuraré no ser tan desmemoriado.” Muy bien, hijo mio, le dijo el padre sonriéndose, prometedme volver á confesaros dentro de ocho dias, y os perdono lo demas.” El jóven lo ofreció y cumplió. Despues, enamorado de la dulzura y caridad del santo, se hizo discípulo suyo, y llegó á ser bajo su direccion, un hombre espiritual.

Juan Arena, jóven opulento, y de una imprudencia poco comun, venia con frecuencia al Oratorio, no con el fin de aprovecharse de los piadosos ejercicios que en él se practicaban, sino con el de mostrarse y burlarse de ellos. Indignados los asistentes, le manifestaron enérgicamente su disgusto; pero no se dió ni aun por entendido, y continuó en su mala costumbre, lo que obligó á aquellos á quejarse á Felipe. “Es jóven respondió, el siervo de Dios: conviene ser un poco indulgentes con los defectos de la juventud; cerrad los ojos á sus

necedades, y no os inquieteis mas." Sin embargo, muy lejos de corregirse, se hizo cada dia mas insolente, como si se hubiera propuesto poner á prueba la paciencia de los concurrentes al Oratorio. Mas su impudencia no pudiendo dañar á otro que á él, llegó al fin á cansarse; reflexionó sobre su conducta, tuvo algunas conversaciones con nuestro santo, y la bondad genial de éste y sus oraciones, rindieron á este hombre. Le tomó por su confesor, le obedecia con una perfecta docilidad, y en poco tiempo hizo tan grandes progresos en la virtud, que disgustado del mundo, entró en la órden de Santo Domingo, en donde vivió y murió santamente.

Un jóven Napolitano, infatuado con las vanidades del siglo, fué conducido por uno de sus amigos á los egercicios de la congregacion. El lujo afeminado de su vestido, atrajo sobre él la atencion de Felipe, quien no cesó de mirarle desde que comenzó la distribucion, hasta que acabó. Las miradas del santo, le preocuparon del tal manera, que al principio se halló muy mortificado, luego se apoderó de él el temor, y por último sintió no se qué cosa en su corazon, que quiso tener con él una conversacion, la que mudó á este hombre completamente. Aunque Felipe no le habló acerca de confesion, el jóven conoció que tenia necesidad de hacer una general; se examinó desde luego, y á pocos dias volvió al Oratorio para comenzarla. Hallábase sentado en el confesonario nuestro san-

to, rodeado de muchos penitentes. Tomó su lugar el jóven, y esperó con paciencia que llegáse su vez. Luego que le vió acercarse el santo, le dijo con cierto desprecio, que un hombre como él, no debía llegar al confesonario, hasta que hubiesen acabado todos los demas. Se retiró al momento, y fué el último que llegó; pero el santo no quiso oirle, y le dijo que volviese á los dos meses, sin dignarse darle el motivo de esta dilacion. Sin embargo, el jóven no llevó á mal la cosa, y ántes por el contrario, se encendió mas y mas su deseo de volver á la gracia de Dios. Volvió al dia siguiente y fué nuevámente desechado; pero él repitió esta misma diligencia por muchos dias, hasta que Felipe, que no queria otra cosa que probarlo, segun la inspiracion que habia recibido de lo alto, lo acogió con un afecto verdaderamente paternal; descargó su conciencia, y lo despidió gozoso y consolado. El jóven hizo desde entónces grandes progresos en la perfeccion, y fué uno de los mas queridos discipulos de nuestro santo. Permaneció en el estado secular; se casó y quiso el Señor acabarlo de santificar, por medio de los grandes reveses de fortuna, que permitió sufriera en sus últimos dias.

Concedióse á Marcelo Ferri, noble romano, aun siendo demasiado jóven, un rico beneficio en una de las baslicas mas ilustres de la ciudad. Aun no estaba iniciado en los sagrados órdenes, pero una vez tonsurado debia de portar el hábito eclesiástico, y

honrarlo por medio de una conducta conforme á su dignidad. No obstante, vestia el trage secular, y llevaba una vida del todo licenciosa. Se paseaba un dia bajo el peristilo de Santa Maria Minerva, vestido con elegancia y casi á lo militar; y se encontró con un jóven secular de una modestia verdaderamente angélica, discípulo de nuestro santo, á quien las primeras vísperas de la fiesta de Santo Domingo, atraían á Santa Maria. El eclesiástico tenia la misma intencion, y como que aun faltaba algun tiempo para que comenzase el oficio, quiso aprovecharlo trabando conversacion con el secular. Este, despues de algunos discursos indiferentes, llegó á hablar de la santidad de su maestro Felipe, y dijo al eclesiástico, que parecia escucharle con vivo interes: “Quisiera que tuvierais la dicha de conocerle: estoy seguro que luego que le hablaseis, os había de costar trabajo dejar su conversacion. Es muy probable que venga tambien ahora á este templo, atraido como nosotros por la festividad que se celebra en honra de Santo Domingo, á quien profesa particular devocion.” Marcelo, lleno de curiosidad por conocer á un hombre tan santo, rogó á su panegirista se lo señalase si llegaba efectivamente á Santa Maria. Este prometió darle gusto, y por consiguiente tomó lugar en la iglesia cerca de él, y en parte donde pudiese ver á los que entraban. No tardó el santo en llegar con algunos de los suyos, y se hizo desde luego objeto de la atencion del jóven eclesiástico, á quien

una seña de su vecino, se lo habia hecho conocer. Se arrodilló Felipe casi delante de ellos, y se cubrió el rostro con sus manos, para ocultar la impresion del ardiente amor que abrasaba su corazon. Esta accion, cuyo fin no comprendió el jóven clérigo, le desagradó y aun le escandalizó, segun lo confesó despues.

Durante este tiempo, Juan Animuccia, que acompañaba al santo, notó la atencion de Marcelo, y se acercó á hablar con él; este le hizo saber el deseo que tenia de entrar en relaciones con el siervo de Dios. “Teneis razon, le dijo Animuccia, y procuraré complaceros.” Fué y dijo al oido una palabra á Felipe, quien salió al momento, siguiéndole Marcelo, á quien el santo abrazó con tierna caridad, y convidó á que fuese á verlo al Oratorio. Este, movido hasta lo íntimo de su alma, por no se que virtud que salia del siervo de Dios, le suplicó permitiese que lo siguiera en el acto, para hacer con él una confesion. “Es preciso que sea general, respondió el padre, preparaos bien, y venid á verme dentro de cuatro ó cinco dias.” Obedeció Marcelo, y al tiempo señalado, volvió á buscar á Felipe, quien oyó su confesion, y despues de haberle absuelto le condujo á su cuarto; en donde este pobre jóven fué testigo de una maravilla que acabó su conversion. Platicando con el santo, notó que su semblante palideció repentinamente, levantó los ojos al cielo, y experimentó uno de aquellos estremecimientos ó sacudidas de que ya he habla-

do en el curso de esta historia. En seguida lo abrazó diciéndole: “Guardaos hijo mio, de resistir al espíritu de Dios, que os persigue y solicita, pues quiere que os salveis.” Marcelo depuso sus vestiduras mundanas, engalanándose con las eclesiásticas, y á poco tiempo, bajo la direccion de tan hábil maestro, hizo grandes progresos en la virtud.

Sería imposible enumerar los hombres de toda clase y condicion, que debieron á la dulce y persuasiva caridad de Felipe, haber abrazado una vida cristiana y espiritual. No pocos en el lecho de la muerte, llenaron de bendiciones el dichoso dia en que el Cielo les deparara tan santo confesor. Admirados muchos del feliz ascendiente que tenia sobre ellos, le colmaban de alabanzas, y decian en el exceso de su entusiasmo: “Así como el iman atrae al hierro, así la caridad de este santo sacerdote, atrae las almas: el que una vez se ha confesado con él, no puede ya dejarlo y hace de sus penitentes todo cuanto quiere.” Convencido nuestro santo, por una dichosa experiencia de la bondad de su método, lo recomendaba eficazmente á sus discipulos.” Ved, les decia, los inconvenientes que trae una conducta opuesta: en lugar de excitar á los pecadores habituales á la contricion, absolviéndolos cuando ya se notan contritos, se les somete á pruebas que los disgustan. En lugar de tener consideracion con la flaqueza de los principiantes, exigiéndoles únicamente lo que pueda soportar su flaqueza, se les

mandan virtudes que exceden á ella, y esto les causa desmayo y desaliento: se les reprende con rigor sus pequeñas faltas, y esto ocasiona que se alejen del santo tribunal de salud. Esto no es propio de la caridad, sino del rigorismo.

Demos aquí un ejemplo de estos dos métodos opuestos. Una muger mundana, llena de pecados, y apasionada por los afeites y adornos, se presentaba al tribunal de un confesor rigoroso. Este altamente disgustado de su lujo, exigia inmediatamente su reforma; ella resistia y no volvía á confesarse. Felipe por el contrario, comenzaba en semejante caso á trabajar en la enmienda de los grandes defectos, y acababa por venir á reformar la vanidad, cosa que hacia ya sumamente fácil el cambio del corazon. “Ante todo, decia él, haced venir á las almas el espíritu del Señor; pues cuando haya venido, él quitará de ellas lo que le desagrada.” Una dama noble le preguntó un dia, si podia en conciencia usar un calzado de tacones elevados, y el santo se contentó con responderle: “Eso os espone á daros un golpe.” Vino á verlo un jóven adornado con un enorme cuello muy almidonado y encarrujado, y le dijo sonriéndose: “Yo querria de buena gana daros un abrazo; pero no me es posible hacerlo, sin estropear vuestro vestido.” Comprendió el jóven perfectamente lo que se le dió á entender, y en lo sucesivo pudo abrazarlo el santo á toda su satisfaccion.

Pero nada prueba mejor su ardiente caridad,

que el fácil acceso que daba á los que tenían necesidad de él. Estaba su cuarto abierto desde que amanecía hasta que anohecía. Sano ó enfermo, recibia á los que le visitaban con un rostro alegre, y los escuchaba todo el tiempo que querian. Acontecia algunas veces, que jóvenes tímidos, despues de haber abierto su puerta, retrocedian avergonzados, en lugar de entrar; entónces salia Felipe, los tomaba de la mano, y se les manifestaba tan cariñoso, que se cambiaba su temor en una dulce confianza. Obligado frecuentemente á tirarse en su lecho, á causa de su decaimiento de fuerzas, no por esto dejaba de recibir á todos los que le buscaban, y no permitia que se retirase uno solo sin que le hubiera hablado. Supo un dia que Galloño habia impedido á una persona entrarse á hablarle, á causa de estar á la sazón ocupado de un negocio importante, y se le quejó diciendo: “¿No os he dicho que quiero estar siempre dispuesto para oír á todos, sin reserva de tiempo ni de negocio? ¿Por qué, pues, me desobedeceis de esta suerte?” Nunca estaba mas contento, que cuando recibia visitas importunas: entónces se mostraba mas afable y comedido. Uno de sus discípulos le suplicó se reservase algunas horas de descanso. “¿Ignoráis sin duda, le respondió, que mis mejores hijos son el fruto de mis vigiliass y fatigas?”

No bastaba á su caridad el continuo trabajo que tenia en la iglesia y dentro de su casa; se le veía tambien acudir á donde quiera que podia hacer

alguna buena obra. Si se ofrecia retirar á un pecador de la orilla del abismo, partia inmediatamente á pesar del viento y de la lluvia, del excesivo frío y calor, sin que nadie le llamara ni esperara, y reputando por nada los quebrantamientos de su salud. Vinieron á decirle un dia, que cierto jóven de un distinguido nacimiento, habia concebido respecto de una muger, una pasión que lo traía perdido. Partió al momento en medio de un tiempo horroroso, para trabajar en la conversion de aquel pobre pecador. No era la cosa tan fácil; porque sus parientes y amigos, y aun algunas personas principales no habian podido conseguir romper sus cadenas; pero ¿qué corazón puede nunca resistir á las elocuentes insinuaciones de la caridad de un santo? Fueron tan eficaces las razones y oraciones de Felipe, que estinguió en aquella alma el fuego que la abrasaba, y obtuvo de ella la promesa de un rompimiento completo. Cumplió el jóven su palabra, y para hacerla mas eficaz, tomó la resolución de no volver á pasar por la calle en que vivia aquella muger; y fué tan fiel á su palabra, que acompañando un dia á un príncipe con quien iba al campo, al llegar á aquella calle aborrecida, bajó del coche y fué á juntarse con su amigo á otra, despues de haber evitado aquella.

Ya no es de admirar que este hombre apostólico hubiera hecho tan innumerables conquistas, pues por el dilatado espacio de cuarenta años, su ardiente caridad para con sus hermanos los pecado-

res echó mano del celo mas activo, acompañado de la dulzura mas tierna y eficaz. No dejó de encontrarse algunas veces con hombres graves y piadosos que vituperaran su celo como desordenado y aun le hicieran amargas indicaciones: pero el siervo de Dios era demasiado humilde para que intentase defenderse; calló y dejó que la experiencia justificase con el tiempo sus procedimientos. En efecto, llegó la vez en que todo el mundo echó de ver que los rígidos principios de sus censores, estaban muy léjos de procurar el bien de las almas, como lo hacia la caridad de Felipe. Era uno de esos censores, Theseo Rapsa, padre de los de la iglesia de San Gerónimo. Lo austero de su carácter, formaba un contraste demasiado opuesto con la dulce caridad de nuestro santo; y no podia dejar de llevar á mal su suavidad en el tribunal de la penitencia: pero muy pronto pudo decidirse quién de los dos sacaba mayor provecho de su método. Tenia Theseo una multitud de penitentes de ambos sexos; pero lo riguroso de sus principios, hizo que poco á poco fuesen desertando los hombres de su tribunal, hasta el extremo de quedarle solo algunas mugeres. Por el contrario, el rebaño de Felipe iba siempre en aumento, especialmente respecto de hombres, los que hacian bajo su direccion admirables progresos. No, no usaba Felipe de su caridad ciega é indiscretamente. Sabia muy bien moderarla cuando la prudencia lo exigia, y si era necesario, tam-

bien usaba de severidad. Le llamaron un dia para un criminal condenado á muerte, y que en su desesperacion no queria sufrir con paciencia el merecido de su delito. Habian hecho ya los últimos esfuerzos para convencerlo muchos religiosos, pero todo habia sido infructuoso. Entró Felipe á la capilla, y aquel miserable vagaba de un extremo á otro, agitándose como un frenético, y dando furiosos ahullidos. Hizo Felipe salir á los guardas, le cogió vigorosamente de un brazo, y de un empujon le echó á tierra, diciéndole con una voz terrible: “¡¡Cállate!!” Este tono de autoridad, le aterró de tal manera, que repentinamente aquel furioso leon, se trocó en manso cordero. Quiso confesarse y á poco marchó al suplicio voluntariamente, arrepentido sinceramente de sus crímenes.

